

Se dio vuelta el campo

(Leticia Otazúa)

Que no se cruce una liebre, piensa. Que no se cruce. Salen de la nada hacia los faros suicidas y no te dan tiempo a maniobrar. Si se cruza una liebre, ella no va a volver, no va a detenerse en la mitad para verla agonizar. O morir. No, que no se cruce una liebre, que está cansada. Anoche durmió poco, es raro un insomnio en este momento de su vida, ahora que las horas son apacibles, ahora que es dueña. Pero pasó la noche en vela, arrastró el día como pudo y sólo quiere llegar.

Desde que se mudó a esta parte de las sierras, las únicas luces que vio en la ruta son las de los faros de su auto. Nunca un OVNI. Ella no se mudó por los OVNI; no le molestan las historias pero no cree en rescates externos. Cree en el trabajo de hormiga, en lo que hizo siempre. Ama su don de orden, de paciencia y esfuerzo. Su visión. Ama volver de noche, sin miedo, por esta ruta, a su nueva casita. El camino largo flanqueado por álamos, el perro que sale a recibirla, a veces con algún que otro colado que se enteró que acá hay comida. El camino ya debería haber aparecido. Hace rato. Con tanta oscuridad, es probable que haya pasado de largo la entrada sin darse cuenta, aunque es extraño. Después del galpón de los Suárez, viene un tramo de más o menos veinte minutos y a la derecha, la tranquera. Pero ya va para una hora, se distrajo, mejor pega la vuelta y presta atención. Tal vez haya dado una cabeceada sin querer, del puro sueño, justo, justo cuando pasó frente a su entrada. Vuelve. Sin luna, no se distingue un roto de un descosido. Calcula el tiempo, abre más los ojos, tensiona el cuello.

De este lado de la ruta, debería estar el campo de los Araujo. Las vacas se corren del alambrado a la noche, pero si alguna le hiciera el favor de asomarse un poco, sabría que está cerca. Dos cosas la distrajeron anoche y no pudo dormir. Dos cosas no, dos recuerdos. Vaya una a saber qué se le dio por traer esos momentos tristes, y cómo uno se unió al otro en el insomnio. Ni una vaca, ni otro sonido más que los grillos y las ranas con su cantinela de siempre.

Ahora ya no encuentra el galpón de Suárez. ¿Se habrá dado vuelta el campo? La primera vez que se lo contaron creyó que la estaban cargando, que era una de esas bromas que debe soportar quien viene a instalarse en pueblo nuevo, pero cuando lo repitió, bajando mucho la voz porque le daba vergüenza, la hija de la señora del almacén, ahí entró a dudar. Y de la duda a la fe hay un paso. Que a varios del pueblo les pasó, le dijeron. Que a veces el campo se da vuelta, y uno entra como en otra dimensión y no hay manera, sólo hay ruta y ruta hasta que al campo se le ocurre volver a su lugar. Que ya todos saben que eso ocurre y lo mejor es no ofrecer resistencia, seguir andando en la oscuridad y esperar.

¿Justo a ella tenía que pasarle? Está bien, es luna nueva, pero esa no es razón. Está cansada. No sabe cómo empezó, un pensamiento lleva a otro, y anoche se encontró recordando cuando su padre perdió la escritura. Las circunstancias eran difíciles pero lo estaban sobrellevando bastante bien. La medicación hacía efecto, es decir, calmaba los dolores y eso era más que suficiente. Los médicos no le mentían, no a ella, a su padre le disfrazaban la verdad por compasión, porque a qué agregar sufrimiento. Se turnaban para acompañarlo, nunca estaba solo, y cada etapa del deterioro era consolada con emplastos, sueros y paliativos varios. Ella dirigía el plantel de cuidadores y familiares, organizaba los horarios y reaccionaba con celeridad ante los síntomas nuevos. Sin embargo, el día en que su padre le extendió esa nota, un papelito arrugado en el que había escrito sus pedidos, se derrumbó. La dignidad del gesto al extenderle la nota, el leve temblor de los dedos, la casi orden de que le diera eso a su médico cuanto antes, porque él había estado meditando en sus necesidades y quién mejor que él para conocerlas. Entonces ella leyó y tembló también. La letra que había sido un lujo de caligrafía, redonda y pareja, ahora era una suma de garabatos ininteligibles, dejaba adivinar un esfuerzo por la clasificación, había algo así como un número uno y un número dos queriendo caer de la hoja, y era imposible saber a qué pedidos se refería su padre. No entendía ese texto, pero no podía decírselo, era cruel anunciarle a quien había sido escritor que hasta el dibujo de su arte lo había abandonado. Le aseguró que la nota llegaría a destino. La guardó en su bolsillo, la enterró y volvió a recordarla anoche, quién sabe por qué.

Ni vacas, ni tranqueras, ni lucecitas que indiquen el casco de una estancia a lo lejos, como si la luna nueva se hubiera tragado todo. Ya empieza a instalarse esa angustia infantil que creía superada por años de terapia. Mira el medidor de nafta: un cuarto tanque queda, aún puede dar vueltas por el campo dado vuelta, pero ¿hasta cuándo? Y sin poder fijar la vista en nada, sólo el pedacito de ruta que sus faros alumbran, vuelve el otro recuerdo del insomnio. Su madre vieja, tan vieja que tuvo tiempo de olvidar uno a uno los años de su vida, y de borrar los nombres inútiles. Ella ya estaba más curtida, podía reírse de los equívocos y resguardar del vínculo las charlas disparatadas, la música compartida. Pero una tarde, así de improvisado, la lengua de su madre se desconectó del cerebro o del mundo y se desarticularon las palabras. Habló un lenguaje nuevo, incoherente, imposible. Una hora. Una hora entera cambió el habla su madre. Y ella se encontró más huérfana que nunca, perdida. Disimuló el espanto y respondió cualquier cosa, intentando que el mundo no se diluyera, que la comunicación con su madre se mantuviera en el hilo de la intención. Pasada la hora, volvió a su cauce sola, porque sí, volvió a hilvanar palabras conocidas. Le dio un respiro, una tregua hasta el silencio final.

Grita. Grita, volantea y clava el freno como puede, pero son tan rápidas. ¿Se salvó? Un golpe seco, sintió el golpe en el auto como si fuera en sus propias piernas. Cómo se le ocurrió detenerse en mitad de la carrera, dudar, dudó un instante y la obligó a volantear. Desea que la liebre esté ilesa en la oscuridad que la protege. El corazón se aceleró. Alcanzó a verle los ojos, la mirada, más bien, en ese segundo de indecisión y asombro, qué mirada tan bella. Ahora sí se detiene. Necesita recuperarse, llora y se abraza a sí misma, se envuelve con los brazos y moquea y grita dentro del auto si total nadie se entera. Se calma y se acuna. Después de un rato, se ríe de sí misma, se ríe es un decir, sólo se piensa en tono de burla, ahí en la ruta, con el campo dado vuelta. Y entonces la ve. A su derecha, la tranquera.